

El Problema Básico de la Familia Moderna

*Por Carle C. ZIMMERMAN,
de la Universidad Nacional.
Traducción del inglés por Emi-
lio Uranga del Instituto de In-
vestigaciones Sociales.*

UN análisis sobre los antecedentes de la decadencia actual de la familia, nos ha enseñado que es idéntica a la que se produjo en los sistemas familiares de la antigua Grecia y de Roma durante los períodos de sus respectivas declinaciones. Se señalaban también, en aquel estudio, las semejanzas presentes en los tres diversos períodos de desintegración de la familia.¹

En el presente artículo quisiera esclarecer algunos de los factores peculiares de la crisis contemporánea de la familia, y posteriormente, ir más allá de los "síntomas de la enfermedad" para poner de manifiesto, su efectiva naturaleza, porque, por así decirlo, detrás de la fiebre y del malestar, hállase una fuerza germinal que debemos entender claramente.

1 Ver Revista Mexicana de Sociología, vol. VII, N° 3, 1946. La conclusión de éste y del artículo previo se basan en el libro *Familia y Civilización* de Carle C. Zimmerman, Harper's, New York, 1946.

El Factor Peculiar de la actual Decadencia de la Familia

La falla en el funcionamiento adecuado del sistema familiar humano, no es algo peculiar a nuestro tiempo. Ha ocurrido ya dos veces en la historia. Los que han estudiado el desarrollo de la primitiva sociedad europea saben bien que nos hallamos ante muchas dificultades que singularizaban a los primeros siglos de la cristianidad. Un somero análisis de la situación actual de la familia, nos revela una ruptura de los lazos familiares, semejante a la que consignaron, en su tiempo, los padres de la iglesia desde Tertuliano a San Jerónimo. Los síntomas descritos en ambas edades son los mismos, descenso de la natalidad, falta de interés en la vida familiar, elevado porcentaje de delincuencia juvenil y debilidad de los lazos familiares.

Si desconocemos éstos fenómenos, y su repetición, creo que se debe, al entusiasmo con que, en general, los sociólogos de la familia han elaborado una teoría del desenvolvimiento social. La sociología del siglo pasado nos ha estado diciendo insistentemente que la familia ha ido mejorando cada vez más, que se ha ido aproximando constantemente a su estado ideal, y que, en buena proporción, se encamina hacia el pináculo de su perfección. Faltan sin embargo los hechos que nos permitieran sostener semejante doctrina. Hace mucho tiempo que la familia, como sistema social, perdió su apoyo en el pueblo, primero lo desdeñaron las clases altas, después la clase media y finalmente las clases bajas.

Una prueba de que la teoría que sostiene el mejoramiento de la familia es errónea, nos la brinda el hecho de que los más avanzados movimientos para contener la disolución de la familia han tenido lugar en aquellas naciones en que escasamente un profesor, o incluso un libro de sociología, o para ser más exactos, de sociología de la familia, han existido. Suecia por ejemplo, se ocupa en gran medida por restaurar la vitalidad de la familia.

También en Inglaterra se toman medidas conducentes a tal fin. El Gobierno está levantando un censo especial, de una entre diez mujeres, para tomar en cuenta la situación que afronta, con el propósito de determinar lo que la Comunidad de Naciones Unidas, puede hacer para solventar las dificultades surgidas y para ayudar al sostenimiento de las familias. Algo se ha realizado ya. Con la relocalización de las industrias, en forma tal que la industria pesada y la ligera no se emplacen tan alejadas una de la otra, la Oficina del Trabajo (que equivale a nuestro Departamento de Comercio) pretende igualar la distribución de los trabajadores, atendiendo a su sexo, creando además mayores oportunidades de empleo a los miembros de la familia. Es claro que las industrias pesadas emplean una mayor proporción de hombres y adultos, y las industrias ligeras, por otra parte, mayor número de mujeres y jóvenes. La teoría en Inglaterra parece ser que, cuando se asocian más igualmente en la vida económica hombres y mujeres, están dispuestos a matrimoniarse a una edad más temprana y que, las familias con hijos gozarán de mayores oportunidades de trabajo, asegurando de esta manera a la familia una situación económica más estable.

Desconozco la influencia que estas experiencias hayan tenido pero, no vacilo, sin embargo, en estimarlas como las más importantes que se han hecho en el terreno de política familiar desde los cambios económicos de los primeros emperadores del Imperio Romano y la formulación de una moral familiar por obra de los padres de la Iglesia. Estas experiencias, constituyen una refutación práctica de la más notable falacia intelectual de todos los tiempos: la doctrina de que la familia evoluciona siempre hacia formas más elevadas y mejores, doctrina que, a riesgo de repetirnos, debe añadirse, ha sido la principal enseñanza de la sociología de la familia.

Teniendo esto bien presente, dos cuestiones nos urgen a la respuesta: 1º ¿En qué aspectos son peculiares las presentes difi-

cultades de la familia? y, 2º ¿Cuál es la consecuencia más importante de este constante debilitamiento del sistema familiar? Naturalmente hay otras cuestiones menores incorporadas en éstas. Una de ellas sería, por ejemplo, ¿en qué difiere el debilitamiento de la familia actual de aquél que, un cuidadoso registro de la historia nos revela que ha ocurrido en Grecia y Roma? y como consecuencia ¿cuál es el factor que amenaza de manera más peligrosa la estabilidad de la familia: divorcio, infidelidad, descenso de la natalidad, decadencia de la heterosexualidad o delincuencia juvenil? o ¿son todos éstos meros síntomas de un defecto más fundamental del sistema familiar?

Miradas las cosas superficialmente no parece haber un factor peculiar en la actual decadencia de la familia. Si revisamos documentos de la Grecia clásica que nos hablan de la disolución del sistema familiar, como por ejemplo: testimonios sobre el juicio de Sócrates como pervertidor de la juventud ateniense, y manuscritos griegos de épocas posteriores como los de Isaeus y otros, y más tarde los escritos sobre Nerea y Timarco, y las obras de Polibio, tanto como la sociología de la familia consignada en los escritos de Plutarco, descubriremos que en la decadencia de la familia griega se presentan los mismos síntomas que en la decadencia de nuestras familias actuales.

El mismo resultado obtendríamos leyendo a Tácito, Suetonio y Juvenal, y los confirmaríamos atendiendo a los relatos sobre violaciones de la vida familiar que consigna San Basilio, como guías del cristiano, hacia 375 después de Jesucristo.

Detrás de todo esto, sin embargo, puede ponerse de manifiesto una fundamental diferencia. En la sociedad moderna hay una mayor dosis de ocultamiento, evasión y desfiguración de los hechos que en el período greco-romano. Una vez que los sistemas familiares se establecieron, ni los griegos, ni los romanos, parece que prestaron atención a ningún sistema de moral o a ningún criterio de lo bueno y de lo malo. La razón es, naturalmente,

que un criterio moral —en otras palabras: el cristianismo— no fué aceptado por la sociedad occidental sino hasta después de que la familia romana estaba ya destruída como sistema social. Cuando San Basilio enumera los castigos en que los cristianos incurrirían en caso de cometer adulterio, aborto, infanticidio o algo semejante, la sociedad occidental estaba justamente en el momento de adoptar un código ético universal; pero para este tiempo, sin embargo, la familia romana tradicional había ya dejado de existir como sistema social efectivo.

Una conclusión se nos impone como evidente: la difusión del cristianismo en sus primeras edades se operó en un medio de profunda decadencia familiar; y teniendo esto bien presente podemos afirmar que el único factor peculiar en la actual decadencia de la familia es que, esta decadencia, tiene lugar dentro del marco de una doctrina moral que la constriñe y que expresa deberes contrarios a los de la mayoría.

Esta decadencia era de esperarse ya que las adhesiones a la doctrina moral del cristianismo han mermado mucho. Los dirigentes del racionalismo moderno siempre se han encontrado en movimientos contrarios a la familia. Un ejemplo típico nos lo brinda la historia de Francia. Entre 1793 y 1816, la lucha por la nulificación de la ley de la familia, hizo que los cristianos y los partidarios de la familia se colocaran de un mismo lado, en contra de los neopaganos y de los negadores de la familia por el otro. En los Estados Unidos la notable popularidad de la sociología de la familia ha sido consecuencia, en buena proporción, de esa capacidad para convencer a la gente de que la presente decadencia de la familia es no sólo un "progreso", un "mejoramiento", una "evolución", sino también que es congruente moralmente con los avances del bienestar humano. La influencia de estos argumentos ha sido tan vigorosa como para encaminar a muchos de nuestros directores religiosos a combatir un gran número de estas creencias.

Es muy instructivo confrontar el significado del desmoronamiento del sistema familiar, con los postulados de una doctrina ética, como el cristianismo, que hacen de la familia la básica condición del hombre y el apoyo fundamental del humanismo. La desmembración de la familia no puede llevarse a cabo sino violando el código moral, o convenciendo a la sociedad de que un sistema familiar debilitado es congruente con las normas éticas de la Iglesia. En este punto han surgido disparidades de pensamiento, y ambas escuelas pretenden haber alcanzado una síntesis de datos objetivos de la vida y de ideas que a ellos se refieren. Unos sostienen que el contenido ético del cristianismo, en lo que toca a la familia, es desacertado; otros afirman que el desmoronamiento de la familia puede llevar a relaciones humanas más idóneas para conseguir la realización de los postulados cristianos, que no conseguía el antiguo sistema familiar. Ambos movimientos se perciben claramente en nuestro tiempo.

Una y otra discusiones son desacertadas. El cristianismo surgió en un ambiente en que predominaba la decadencia familiar y desde el punto de vista de sus propósitos fué un esfuerzo psicológico para corregir los males de que emergió. El cristianismo intentó revigorizar las buenas relaciones humanas dentro del sistema social de Occidente. Sus promotores estaban convencidos de que tal propósito sólo podía conseguirse afirmando la vida familiar y el cuidado de los hijos.

La teoría evolucionista según la cual la agregación de los sistemas familiares deshechos, reconstituiría por sí misma una moral más fina y una estructura de relaciones más adecuada, repetimos, carece de pruebas. En el mundo romano las cosas parecen ir de mal en peor hasta que finalmente se produce una reorganización de la sociedad asentándose en las antiguas bases familiares. Puede fácilmente documentarse lo que aquí decimos consultando documentos de los siglos segundo, tercero y cuarto, después de Jesucristo. Cada uno de los cuadros de las condiciones

de la familia se nos presenta peor que el anterior, hasta que, en las postrimerías del siglo V, la sociedad cambia de rumbo. Cuando esto acaece, y la sociedad se constituye sobre bases más vigorosas, sus diferentes elementos —comportamiento de los hijos, integridad moral, buenas costumbres—, empiezan también a fortalecerse.

Hoy en día asistimos a una semejante decadencia de la familia y de la acción moral. Un ejemplo elegido al azar nos lo comprobará. Hemos dicho que la reciente difusión del control mecánico de los nacimientos puede conducir eventualmente a un descenso en la proporción de abortos. Pero estudios realizados en Norteamérica e investigaciones de estadísticos, parteros y demógrafos, no confirman esta esperanza. La difusión del control de nacimientos hasta límites absurdos ha sido más bien acompañada de un aumento en el número de abortos hasta un límite igualmente absurdo. Hemos recibido muy variadas estimaciones acerca del empleo de abortivos en las clases media y alta. Médicos dignos de confianza aseguran que hay un aborto por cada dos y medio nacimientos, y por cada cinco nacimientos en los Estados Unidos, proporciones respectivamente correspondientes a nacimientos en la ciudad y nacimientos en el campo.² Los datos oficiales del Censo nos informan que en 1940, hubo más de un tercio de millón de abortos.³ No sabemos si estos cálculos son muy exactos, pero personas autorizadas piensan que la proporción de abortos crece continuamente excepto en aquellas naciones en que se le castiga severamente. A la luz de estos y otros desarrollos la opinión de que la familia no ha ido siempre mejorándose se convierte casi en un lugar común.

El problema de la decadencia de la familia frente a una doctrina moral que le es opuesta, sólo parcialmente es debida a esa

2 Ver F. J. Taussig, *Abortionism, Spontaneous and Induced*, St. Louis, 1936.

3 Ver H. L. Dunn, *Frequency of Abortion*, Vital Statistics, (U. S.) Número especial 15, 1942.

incapacidad para no concebir cambio alguno sino como "progresivo". Más bien se trata aquí de una cuestión de elevada cultura ¿puede extinguirse la conciencia pública una vez que ha empezado a "alborear" para decirlo con expresiones del egiptólogo H. J. Breasted? Si así sucediera entonces la totalidad de la base ética en que descansa nuestra civilización es puramente efímera; pero si la conciencia pública no puede extinguirse ¿hasta qué punto es capaz de decaer antes de readquirir su originaria brillantez?

Si el cristianismo ha de permanecer siendo nuestro sistema de referencia moral, como tipo permanente de ideal ético, entonces es prudente y fundamental afrontar la situación con medidas que impidan el desarrollo de ideas que van en contra de la estabilidad de la familia. Porque si los males de la familia van muy lejos, entonces, la misma Iglesia perderá mucho de ese prestigio de que hoy todavía goza. (Cuando digo la Iglesia me refiero a la cristiandad no a un credo determinado.)

Hoy en día es muy importante que la Iglesia presente claramente a la sociedad los ideales éticos en que ha de asentarse la familia, y no que, por el contrario, trate de adquirir popularidad celebrando una componenda con las tendencias anti-familiares de nuestras clases burguesas e intelectuales. Si conserva su doctrina sobre la familia, por lo menos se quedará con algo; pero si ductiliza esta doctrina, contemporizando con los cambios presentes que acaecen en la familia, con el propósito de conservar el favor de las clases dominantes, no tendrá con el tiempo ni amigos ni doctrina.

El único factor peculiar en la decadencia de nuestro sistema familiar es su conflicto con fuerzas surgidas del cristianismo. Sería interesante investigar el efecto que sobre la civilización ha producido la difusión de un código moral muy riguroso.

¿Se debilitará la Iglesia o adquirirá nuevamente su original e histórico papel?

Las consecuencias sociales de la decadencia de la familia.

A esta altura de nuestra investigación, habiendo visto ya la decadencia de la familia moderna como sistema social y los factores más importantes que la distinguen de la decadencia que en otras épocas ha sufrido; nos queda únicamente como tarea evidenciar las consecuencias ulteriores de esta decadencia.

La decadencia de todo sistema familiar ofrece muchos síntomas perceptibles, pero detrás de todos ellos yace un común denominador, más fundamental e intangible. Síntomas tales como divorcios, autolimitaciones de reproducción, ineficacia de los ideales morales inculcados a la juventud, pueden ser tratados estadísticamente. La proporción creciente de divorcios nos enseña que los lazos matrimoniales son frágiles. Dejando aparte los casamientos de los soldados, que hacen todavía compleja la situación del divorcio, el año de 1944 hubo alrededor de 275 separaciones legalizadas por cada 1000 matrimonios, en los Estados Unidos. La aversión a la crianza de los hijos nos la revela otra serie de hechos y datos. De acuerdo con los censos de 1940, las mujeres que oscilan entre 45 y 49 años de edad, y que no alcanzaron más educación que la de la escuela primaria, no tienen ni siquiera un hijo.⁴

Si una clase social aspira a reproducirse, sus adultos deben tener como promedio, tres o cuatro hijos por familia. Uno o dos no es bastante. El promedio de todas las madres debiera ser tres o cuatro hijos. Sin embargo, no es ésto lo que sucede actualmente. En cuanto a las ideas morales que se inculcan a nuestra juventud, las casas encargadas de la crianza de los niños, ven una demostración objetiva de su ineficacia en el constante crecimiento de casos de delincuencia juvenil.

4 Ver los análisis de nacimientos de las mujeres americanas blancas de 45 a 49 años de edad en 1940, en referencia con su educación y renta de sus hogares.

Ahora bien, los síntomas sólo son importantes suponiendo que sean capaces de revelarnos su causa; ¿de qué depende por tanto este fenómeno?

Si volvemos nuestra atención a los escritos de Polibio, el historiador que ha consignado la decadencia de la familia griega y junto con ella el fin de la Edad de Oro de Grecia, recabaremos en ellos una respuesta. Polibio insiste en que el sistema social de Grecia era incapaz de funcionar porque nadie, absolutamente hablando, se preocupaba de otra cosa sino de su persona. Juvenal dice prácticamente lo mismo al describir un período de la historia de Roma equivalente al que consigna Polibio. Sus Sátiras (VI a X) nos pintan un sistema moral en decadencia. No podría esperarse un buen comportamiento de los hijos asistiendo como asistían al espectáculo de padres que maltrataban a los esclavos y de madres que sostenían numerosos amantes (XIV). No sólo las relaciones humanas afectuosas se habían eclipsado sino que por todas partes del Imperio se había impuesto como regla la más estridente brutalidad (XV).

Hoy afrontamos parecidas dificultades. Por todas partes surge la pregunta de por qué se ha extendido tanto la violencia en los sistemas sociales de Occidente, violencia que llega incluso a la carnicería y al exterminio. Protestantes, católicos y judíos, grupos religiosos de todos los credos, desmayan y se conmueven. La inhumanidad de nuestra época está íntimamente conectada, en un sentido causal, con la decadencia del sistema familiar. A decir verdad, el declinar de la familia pudiera ser muy bien el primer agente causal que contribuyera a desmoronar la capacidad universal de simpatía humana. Juvenal sostiene esta opinión cuando anota "la decadencia en las capacidades de conmoveerse".

Nuevamente estamos viviendo en una "novena edad que no tiene nombre por su infeliz naturaleza . . . hombres justos e irrepreensibles" se han hecho tan raros, "como mulas preñadas". El

“sentimiento individual”, que constituye la marca esencial de la civilización, hoy falta peligrosamente.

El factor básico en la degeneración de todo sistema familiar es la reducción de las fuentes que catalizan los procesos de humanización en los individuos de una sociedad. Hoy en día gentes en número creciente aceptan gustosa y ciegamente modos inhumanos de acción. Los humanistas se ven inundados por las olas de marea de un comportamiento inhumano.

Ahora bien, este artículo no es ningún sermón. Descripciones conmovedoras son inútiles e incluso dañinas. Más que nunca hoy son ineficaces. Lo que aquí hacemos es, más bien, dar una interpretación de la decadencia de la familia en un sentido mucho más profundo que el que consistiría en levantar meramente registro de sus síntomas superficiales; es un esfuerzo encaminado a explicar por qué, una progresiva civilización, que se dice cristiana, con superabundancia de talento científico y de capacidad productora, gasta más y más de su tiempo en depravar a los otros, con el propósito de procurarse beneficios inmediatos y temporales.

Hablando francamente la respuesta es ésta: los padres difieren de las personas que no son padres. Los que son padres de dos o tres hijos difieren de los que sólo lo son de uno o dos. Filósofos como Sócrates y Bacon, han insistido en esto a lo largo de la historia;⁵ Terman y otros psicólogos ofrecen información estadística que nos lo corrobora;⁶ la consecuencia por tanto, de la decadencia del sistema familiar es que, los controles de la sociedad están en manos de hombres que, como diría Bacon, no son “rebenes de la fortuna” y que no poseen un criterio extraído de su experiencia de la vida humana.

5 Ver las *Memorables de Sócrates* escritas por Xenofonte BK II, Ch II y passim.

6 Ver L. M. Terman, *Personality Characteristics of Happily Married, Unhappily Married and Divorced Persons, Character and Personality*, 1935, N° 3 pp. 290-3 11.

Lo que hemos dicho afecta no sólo al dominio de la educación y al bienestar del niño: influye en el sistema social entero. Entre más decaiga la familia, mayores dificultades tendrá que vencer el humanismo para dominar en el sistema social. El crecimiento de las instituciones dedicadas a procurar el bienestar de los niños no es en modo alguno progresivo, sino que una buena parte de sus actividades se encamina meramente a dar a los hijos el tratamiento educativo que éstos reciben en períodos de la historia en que la familia es fuerte, saludable y estable.

El problema básico

El único factor peculiar de la decadencia actual de la familia es que tiene lugar en el interior de una doctrina moral que es, a su vez, producto de un período anterior de decadencia. El sistema familiar es el agente primordial que produce en la sociedad el crecimiento del humanismo, y cuando decae el humanismo también decae la familia.

El cristianismo tuvo éxito en la sociedad romana por ayudar a fortalecer a la familia, pero por desgracia su éxito vino demasiado tarde cuando ya no quedaba nada de la civilización romana.

Estas son simples verdades sociológicas. La consecuencia social primordial de la decadencia de la familia es que no existe vida familiar suficiente como para impedir la decadencia del humanismo. Suele presentarse al moralista como a una persona que combate los síntomas de la decadencia de la familia. El sociólogo, por el contrario, no se opone a los síntomas sino a la difusión generalizada del antihumanismo en el sistema social. Tal actitud puede acarrearle malas interpretaciones. Se me acusará de que utilizo mi posición, no para hablar de ciencia, sino para hacer propaganda en beneficio de una regeneración moral. Aunque esto no sería del todo desacertado no cae dentro de mis aspiraciones. Quiero que quede claro, que cuando hablo de un renacimiento de la fa-

milia lo hago como sociólogo, basándome en que el producto final de la decadencia de la familia es algo más profundamente destructor que el divorcio, la inmoralidad sexual o cosas parecidas. Mi propósito es que los investigadores procuren entender la importancia que una doctrina ética tiene para el sistema social.

Este tema al parecer sin importancia es al fondo significativo. El siglo XX es más o menos inmune a las prédicas morales. Cuando se habla de la familia, y el auditorio se da cuenta de que se está pronunciando una anticuada prédica moral, la reacción general es decir: ¿y esto qué nos importa?

Frente a los millones de personas divorciadas, matrimonios sin hijos, e individuos de pareja condición, no experimento ninguna reacción física de repugnancia. Por otro lado todos estarán de acuerdo en que la tremenda ola de antihumanismo que domina nuestras sociedades ha de ser contenida antes de que nos trague a todos. Y si esto ha de ser hecho, ha de serlo con algo más efectivo que una mera propaganda verbalista.

Quiero esclarecer aquí otra impresión. Alguien pensará que los puntos focales del actual antihumanismo se localizan en regiones en que la familia ha decaído menos que en otras. Para responder a esto sugiero que se piense que una enfermedad se difunde sin tomar en cuenta cuál fué la fuente inmediata de su origen. El antihumanismo es un fenómeno más hondo que sus expresiones aparentes, como incesantes matanzas y desplazamiento de los grupos minoritarios. El antihumanismo es simplemente la expresión masiva del egoísmo que lo único que busca son ganancias temporales pequeñas.

La cuestión final es ésta: ¿hemos de promulgar nuevas leyes, en particular penales, semejantes a los severos códigos que se promulgaron en contra de las violaciones de la familia por los emperadores romanos de Constantino á Justiniano? Mi respuesta es que no. La vida familiar no puede legislarse. Lo más que puede hacerse es ayudar a las familias, pero no puede obligarse a la gente a que

baga lo que no cree que debe hacerse. La gente tiene que entender primero una cosa y creer en ella antes de que la haga, en especial tratándose de un asunto tan delicado como es la vida familiar. La legislación romana prueba esto claramente. Lo que más bien cabe es que las clases cultas estudien el problema de la familia y se convengan de su profundo significado. La obtusa enseñanza de la sociología de la familia, esa ilegítima y falsa ciencia, debe ser reemplazada por una auténtica comprensión del problema. Por eso insisto aquí, y en todas partes, que el problema de la familia es uno de aquellos problemas que más esclarecimiento requieren. El problema básico de la familia moderna es la necesidad en que se encuentra de comprender hondamente ese su problema. Los mitos de la falsa ciencia es menester que se destruyan.

El único remedio eficaz sería que una nueva "minoría creadora,"⁷ comprendiera claramente el problema de la decadencia de la familia actual. El año 275 después de Cristo y el año 1975 pueden ser iguales, en lo que respecta a la familia, a menos de que ocurra un cambio inesperado.

7 "Minoría creadora" la uso aquí en el sentido que ha dado al término Arnold Toynbee en su *A Study of History*, Vols. V y VI, Oxford, 1939.